

razon de contento; descubrimos en el horizonte las estrelladas cúpulas, las doradas flechas, y pocos momentos despues, penetramos en San Petersburgo; nuestros ojos, entónces, se elevaron al cielo en señal de gratitud, y despues se fijaron en la poblacion que íbamos atravesando. Antes sin embargo de que penetremos en la capital de Rusia, preciso es que manifestemos al lector lo que habiamos avanzado durante el camino en el manuscrito de Genaro, que habiamos abierto mas de una vez para divagarnos del fastidio que lo largo y monótono del viaje comenzaba á producirnos, pues permanecemos en el tren sin descanso, dos noches y cerca de tres dias. Veamos lo que habia sucedido al pobre expósito.

CAPITULO LII.

Continuacion de la historia de Genaro.

La historia de Genaro continuaba así:

Aquella noche, como he dicho ya, soñé en el paraiso; la imágen bella de Leonor, presentábase en mis sueños todavia mas seductora, y me parecia encontrarme ya en los momentos felices en que ella, con una gracia encantadora, correspondia por fin al fuego devorante de mi pasion, respondiéndome, Genaro, ¡te amo!..... ¡y solo tuya seré!..... Estas palabras me trasportaban á un cielo de ventura, y me hacian plenamente feliz. Cuando desperté serian las diez de la mañana, tomé el reloj para verlo, y al instante me levanté y poco despues salia de la pieza: un criado perfectamente vestido, se presentó ante mí y pregun-

tándome ¿si queria ya tomar el almuerzo? yo no sabia que hacer, porque era mucho molestar á D. Mariano quedarme, pero era tambien una ofensa marcharme á desayunar á otra parte y por consiguiente dije al criado que lo sirviera, y me dirigí al comedor.

D. Mariano estaba allí concluyendo de tomar su almuerzo; apénas me vió, abrió sus brazos para recibirme en ellos, y despues me dijo.

—¡Ah Genaro! toda la noche, ó la mañana, como quieras llamarla, he soñado en tí..... ¡que entrada tan brillante has tenido en la sociedad!... ¡de cuantas ovaciones te han llenado!... ¡que entusiasmo tan inmenso has producido!..... Dime ¿no te sientes satisfecho y muy feliz?

—D. Mariano, me siento lleno de cariño y gratitud, y nada mas. ¿Qué cree vd. que no comprendo en su verdadero sentido las cosas? ¡ay! si en vez de tener como tengo la proteccion de vd., fuera un pobre muchacho como era antes, sin nombre y sumergido en la oscuridad, nadie me habria hecho caso, habria sido recibido en la carrera que he emprendido, porque no era posible cometer una inconsecuencia conmigo, pero no habria tenido ovaciones, ni entusiasmos, honras y distinciones; todo lo debo á vd., porque ha querido dármelo.

Mi protector me contempló con una ternura inmensa, y luego me dijo.

—Genaro, con esos bellísimos sentimientos tú me haces muy feliz, pero te quitas gran parte de tus goces; nó hijo mio, modera en este punto tu nobleza, y piensa que D. Mariano no existe, y que por el mérito de tu aplicacion tan solo te encuentras colocado en el distinguido puesto en que te hallas: verás entónces cuan doblemente gozas, que es lo que yo quiero Genaro, que goces mucho, mucho.

—¡Oh el mas querido de los hombres! exclamé arrebatado de entusiasmo, ¿creé yd. que las glorias del amor propio pueden ser mayores que las satisfacciones y los goces íntimos del corazon? ¡imposible! nunca, nunca tendrán el menor punto de semejanza.

D. Mariano era todo un caballero, y no le gustaba ser tan elogiado, aunque tenia mucho placer, como era natural, en recibir las muestras de gratitud por lo que tan justamente merecia; y sacando la conversacion del terreno en que se encontraba, me preguntó si ya tenia listo el escrito que habiamos quedado en presentar al dia siguiente de mi recepcion; le conteste que ya lo tenia yo hasta firmado y que deseaba leerselo, pues aunque lo habia formado conforme á sus indicacio-

nes, podía sin embargo no gustarle alguna frase, algun pensamiento, en cuyo caso no tendria yo embarazo ni sentimiento alguno en hacerlo de nuevo. D. Mariano me contestó que oiria con mucho gusto su lectura.

—Almuerza, añadió, en mi cuarto te espero.

Diciendo estas expresiones salió del comedor, volviendo poco despues con Clara.

—Aquí te dejo esta compañera que tampoco ha almorzado, no converseis tanto Genaro, que te olvides de que voy á esperarte.

—Nó D. Mariano, pronto estaré con vd.

Salió D. Mariano del comedor, miéntrrs Clara, despues de saludarme, tomaba asiento á mi lado.

—Con que ¿cómo te sientes Genaro? ¿Despues de haber hablado con Leonor, la amas lo mismo? ¿nada te dice tu corazon sobre si serás al fin correspondido?

—¡Ah Clara! tú has sido para mí el consuelo mayor, y no te puedes figurar hasta que punto te estoy agradecido! Tus palabras fueron las que arrancaron á Leonor una expresion que me hizo un bien inmenso, porque ella toda la noche se habia mostrado esquiva conmigo, y aun despues; aunque esa expresion me reveló por fortuna que no le era yo del todo indiferente, pero vi que no siente por mí ningun afecto; te confieso

Clara que entre la multitud de jóvenes que en el salon habia, ella era la mas indiferente hácia mí, la mas fria; en todas encontraba yo una sonrisa, una expresion cariñosa, miéntras que en Leonor^r absolutamente nada, y esto, como comprenderás, no puede serme sino en extremo sensible. Leonor no me tiene ni aun la simpatia de la amistad, y aunque tengo una secreta esperanza de que llegaré á ser al fin correspondido, estoy seguro de que es mucho lo que tengo que padecer para conquistar su cariño.

—Me preguntas si con haberle hablado la amo aún lo mismo ¡Ay Clara! no solo la amo como ántes, sino aun mas, porque su modestia virginal, la pureza de su alma, su seductor recato, me tienen fascinado; acabo de verla y ansío de nuevo contemplar su semblante; tú me juzgarás tal vez exagerado, aunque no lo creo así, porque estoy cierto que experimentas tú lo mismo por Arturo. Pero ya que nos hemos ocupado tanto de mí, cuéntame algo de tí; ¿cómo te sentiste anoche? ¿verdad que muy feliz?

—¡Ah Genaro, mucho muy feliz! te aseguro que por nada la cambiaria; sentia un secreto orgullo en poder bailar con Arturo en presencia de la mas selecta sociedad y de mi padre; que por un momento, olvidando lo muy desgraciada que era,

me sentia dichosa ¡muy dichosa!..... Gocé de tal manera, que hubiera querido perpetuar esa noche venturosa, en que por la vez primera podia despues de tanto tiempo hablar libremente con Arturo, y pasar á su lado largas horas; ¡ah Genaro! tambien yo debo estarte agradecida, porque si no es por tí, Arturo no hubiera quizás llegado á pisar mi casa. Tu conoces á mi padre, es muy orgulloso, y no permite que me trate persona, cuya familia no sea muy conocida.

—Pero Clara, ¿cómo te deja tener con un pobre expósito como yo, tanta confianza?

—Hablándote con franqueza, confieso que estoy en este punto muy admirada, porque jamás hubiera ni imaginádome siquiera, que pudiera suceder lo que ha sucedido, pero Dios te favorece de un modo visible Genaro, porque ha colocado en el corazon de mi padre hácia tí una ternura muy poco comun, y de la cual tan solo tú eres objeto; mi padre serio y abstraído con la generalidad, ha cambiado completamente respecto de tí, y te profesa casi el cariño que se puede tener por un hijo.

—Pues bien Clara, la suerte que por voluntad de Dios he gozado, ¿puede acaso estar léjos de Arturo? ¿no puede tambien la providencia hacer-

lo agradable á los ojos de tu buen padre, y gozar de las mismas distinciones con que me honra?

—Todo puede suceder, pero yo te confieso que no lo creo así: por el contrario, si mi padre sospechase algo, si conociera la inclinacion que yo tengo por Arturo, ¡ay cuan infeliz seria yo! él convertiria para mí en rigor todas sus antiguas caricias, me trataria con dureza, coartaria mi libertad, y me haria por lo tanto desgraciada creyendo hacerme feliz; Genaro, por lo pronto, es necesario usar de suma reserva respecto de mi inclinacion por Arturo, y al amor que él me profesa: puede ser que algun dia sea conveniente romper este sigilo, pero por ahora no lo es; entre tanto yo padeceré, pero mucho ménos que lo que tendria que sufrir si llegase lo que hay á noticias de mi padre; en reserva seguiremos amándonos, tú serás nuestro protector, nos ayudarás para proporcionarnos por lo pronto cuantos goces estén á nuestro alcance, y serás en fin el bálsamo que refrijere las heridas con que el infortunio nos castigue.

—Sabes que te amo le dije, como un hermano cariñoso, que estoy dispuesto á servirte en cuanto esté en mi mano, y que por verte feliz no omitiré ningun esfuerzo; pero dime Clara, ¿cómo se formó en tu corazon este cariño hácia Arturo,

conociendo la inmensa distancia que de él te separaba?

—Genaro, apenas puedo contestar tu justa observacion; ya Arturo te refirió cual fué el principio de nuestro conocimiento; la constancia firme de tu amigo y la pasión abrasadora en que por mí se consumía, ¡hé aquí todo! comprendí yo desde luego la inmensa distancia que nos separaba, y aun traté de cortar al principio toda clase de relaciones, pero insensiblemente mi corazón se convertía en el templo del amor de Arturo; era muy niña, jamás había sentido en mi pecho las palpitaciones del amor, mis oídos no habían escuchado las palabras seductoras con que el hombre se gana nuestro corazón, sus cartas apasionadas y llenas de un fuego que me era completamente desconocido, fueron engendrando en mi alma una pasión, y por fin vencida por ella, no me fué posible ya resistir, y no pude ménos de amar á Arturo con todo mi corazón! hoy su amor es una necesidad para mi existencia, y si él me llegase á faltar, perdería la vida

—Después de Arturo, mil jóvenes, cuya posición igualaba á la mía, me han cortejado y de mil modos han procurado ganar mi corazón, pero inútilmente, porque le pertenece por completo y no podrá ser de nadie fuera de él. Hoy su misma

posición me lo hace más querido, comprendo que lo voy á hacer feliz con mi fortuna, que á mi lado concluirán todos sus trabajos, y esto ensancha mi alegría; lo amo Genaro, como amas tú á Leonor y quizás más aún; por eso te compadezco, por eso querría á toda costa que Leonor, siguiendo mi ejemplo, te correspondiera, te entregara su corazón, y te hiciera plenamente feliz ¡oh, entonces me verías doblemente satisfecha.

—¿Y tu corazón que te dice hermana mía? ¿crees que Leonor al fin siga tu ejemplo?

—¡Ay Genaro, no puedo leer en el porvenir! pero hablándote con franqueza si lo creo; tengo interiormente esa creencia, tu alcanzarás el amor de Leonor, tú como yo, palparás con los mismos latidos de su corazón, vivirás en ella, y ella vivirá en tí. Ten confianza Genaro, ten fé y verás como con el tiempo tendremos ocasión de recordar ya en la más bella realidad, lo que está ahora por ser.

Las palabras de Clara, me hacían un bien inmenso, y no hubiera querido por nada abandonarla, cuando vi aparecer por la puerta á D. Mariano, y hasta me puse rojo de vergüenza.

—¡Vaya un muchacho! me dijo un tanto disgustado, lo primero que hiciste fué olvidar mi en-

cargo; ya me tenias desesperado de aguardarte, y ni siquiera pensabas en buscarme.

—Teneis razon padre mio, me apresuré á decirle; pero vos mismo teneis la culpa, porque al traerme á Clara, debisteis calcular que yo no sentiria el transcurso de las horas á su lado.

D. Mariano, á quien llenaban de contento los elogios dedicados á su hija, sonrió al escucharme, y me dijo lo siguiera; yo entónces tomé por la mano á Clara, la conduje hasta la puerta de sus habitaciones, y estrechándola cariñosamente corrí á reunirme con su padre, con quien solo traté de asuntos sérios, quedando él muy satisfecho del escrito que aquel mismo dia fuimos ambos á presentar.

Cuando salí de la casa de D. Mariano, mi corazon palpitaba de placer y de esperanza!... me dirigí ante todo á casa de Doña Margarita, pues consideré que allí estarian ansiosos por verme; en efecto, me recibieron con las muestras mas marcadas de simpatia: Julia, sin embargo estaba un poco séria conmigo, sin que pudiera yo tener ninguna culpa voluntaria respecto de ella; su semblante se hallaba pálido, y se comprendia que su espíritu sufría.

Los primeros momentos, como es natural, los pasé con todos los de la familia sin exceptuar mis

dos amigos que tambien se encontraban allí. Doña Margarita me invitó aquel dia para que comiese con ellos, y me pareció natural aceptar su invitacion.

—De todas partes, Genaro me dijo, has recibido ovaciones, y se te han dado muestras de cariño; tú te has partido por corresponderlas todas; justo es que hoy nos pertenezcas, despues que tan largo tiempo hace que no hemos podido contar contigo un dia entero

—Tengo, contesté á Doña Margarita, el mayor placer en admitir la bondadosa invitacion de vd., pero despues de comer tendré que abandonar á vds. porque hoy es preciso que arregle algunos asuntos importantes, y debo además instalarme en alguna parte, pues hasta ahora se puede decir que aun no sé cual será mi habitacion, y preciso es que la busque.

—Oí decir á las muchachas, murmuró entónces Doña Margarita, que te habian ofrecido esta, pero que no la quisiste aceptar; ya sabes que por nuestra parte tendríamos un verdadero placer en tenerte á nuestro lado.

—¡Oh querida tial apenas puede vd. comprender la inmensa gratitud que engendran en mi alma sus palabras, y si obedeciera los impulsos de mi corazon, ciertamente no seria otro el lugar que

buscase para mi residencia, pero no es posible sin embargo, cumplir en esto mis aspiraciones, porque no soy una persona quieta que pueda habitar en el seno de una familia; mi carrera, las relaciones de amistad, el comenzar á tener una libertad por la que largo tiempo he suspirado, harán de mí un jóven algo desarreglado, no en sus costumbres, pero si en su vida; es decir, habrá dia que tal ó cual compromiso me impida comer en casa, y viviendo con una familia, mi tardanza la molestaria y le causaria sérios disgustos; puedo tambien tener caprichos en las comidas, un dia quiero comer á tal hora y otro no, en las noches no entraré temprano, y cuando tenga alguna fiesta á que concurrir, léjos de entrar temprano, no lo haré sino al amanecer, todos estos son desarreglos que en una familia no pueden soportarse, ni seria tampoco bien visto; me parece por consiguiente muy justo, que procure tomar una pieza en alguna casa de huéspedes, donde tenga mayor libertad: mi carrera por otra parte exige hasta cierto punto que tenga un lugar donde recibir á las personas que me quieran encargar de sus negocios; aquí privaria yo á vds. de su sala y de mil comodidades, introduciria el desarreglo, y en fin, seria yo ocasion de disgusto, en vez de serles grata mi compañía; pero aunque yo no habite en

casa de vds., no por eso mi corazon se separará en un ápice de la familia de D. Justo para mí tan querida, y á quien considero como la mia. Todos los dias vendré un momento á saludarlas, muchas noches tendré tambien el placer de acompañarlas, y así nos veremos frecuentemente, y les dedicaré quizás mas tiempo que si viviese al lado de vds.

Mis palabras, fuerza era que convencieran á Doña Margarita; ella mas bien por carabana, como se dice vulgarmente, me habia instado para que me quedara en su casa; pero no podia desearlo; pues no era prudente, que un jóven completamente extraño en su familia, (pues bien sabia que no era yo nada de ella) fuese á habitar en su compañía, en medio de hermosas jóvenes; de modo que ya Doña Margarita no me instó mas.

—Puesto que tienes, me dijo, razones que me convencen á que no debes venir á vivir entre nosotros, no puedo de ninguna manera forzarte, porque siendo ya un hombre y no un niño, eres libre para tomar el partido que quisieres, en cuyo caso no podria yo hacer mas que darte mis consejos, si por desgracia te veía tomar una vereda peligrosa; pero no ha de suceder así, porque tienes talento, y él mismo, te guiará siempre por los caminos rectos.